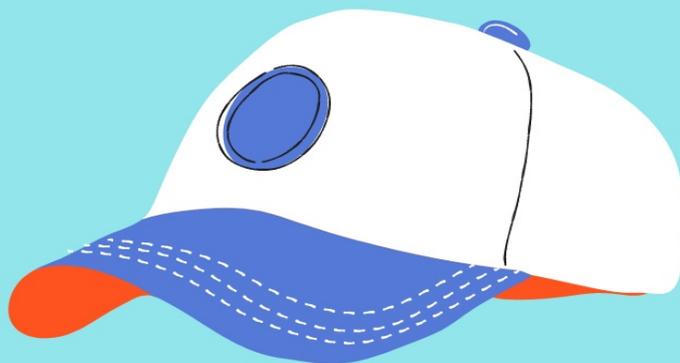


13



**LA
GORRA
AL
VIENTO**

ALEJANDRO ESTIVILL

EDITIONS KRIZALIZ

La gorra al viento

ALEJANDRO ESTIVILL

EDITIONS KRIZALIZ

MONTREAL

© 2022 Alejandro Estivill
Ilustración de portada © 2022 por Axel Trujillo

Esta historia es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes e incidentes son el producto de la imaginación del autor o son usados de manera ficticia. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Primera edición
Mayo 2022
Krizaliz celebra el derecho de leer y el acceso a la literatura.

Todos los derechos reservados. Publicado por Editions Krizaliz.
Montreal, Quebec
Canadá
krizaliz.ca

Respetar los derechos de autor estimula la creatividad. Con tu apoyo, Krizaliz puede continuar siendo una plataforma para autores y creativos emergentes.
Esta obra está diseñada para que pueda ser leída fácilmente en una pantalla.

Dedicatoria

Para los que sueñan mas allá de sus fronteras.

Una nota del editor

Los nombres de restaurantes y establecimientos en inglés, así como los anglicismos, están indicados con *Itálicas*.

Axel Trujillo

Quiero que sientan que me atrevo contento; que aceleré, que me agarré del volante con fuerza y que, al hacerlo, tenía un rostro sonriente. Quiero que sepan que fue un acto atrevido, sí, muy atrevido, pero uno de esos pasos donde uno desconoce dónde se ha metido, pero avanza lleno de energía... Quiero que sientan que me lancé al abismo de la aventura pisando el pedal a fondo y con el pensamiento puesto en mis padres y mis hermanas, mis hijas juguetonas y mis primos tan simples y babosos; sus voces, sus abrazos. Me aferré a su imagen; la imagen de cuando ellos gritaban de alegría, todos juntos, en un llano de mi pueblo al sur, tan lejos; cuando nos perseguíamos y jugábamos a las manteadas enredados en la locura que a veces reina en este mundo. Y grité como ellos lo hacían... al salir volando, grité como un chiquillo. Quiero que compartan conmigo la sensación del pájaro en picada. Quiero que se imaginen que reciben conmigo el viento helado que viene del norte. Nos golpea en pleno rostro y dice que, por unos instantes, somos libres. Quiero que me acompañen en esto que hoy hago; que me acompañen sin necesidad de ser unos desquiciados como yo. Sólo quiero que sepan que me atreví tan embrujado como el que más..., el que toma la ruta difícil, la ruta que no es segura y dice: “¡ahí voy!, ¡qué más da! Quiero que sepan que quise siempre que sobre mi futuro dictara “lo que Dios quiera”. Sí, y lo que Dios quiere es bueno, ¿no? Dios es también el culpable de las más colosales chifladuras.

Quiero que sientan mi vuelo como el de las águilas calvas de Texas y que no les cause dolor porque yo no lo he tenido. Quiero que sopesen las cosas en la misma balanza en la que yo lo he hecho: a un lado —platillo izquierdo— la vida misma; y a la derecha los intentos que te convierten en alguien, aunque en ese costado la vida acabe. En medio, apenas se dibuja una línea muy delgada. Quiero que me entiendan y quiero que sepan que viviendo en las planicies del Ejido de El Saucito y pasando todas las

semanas al otro lado, asomando a ratos a las tierras de El Indio en Texas, conocí la otra vida, la del que sobrevive con los sueños. Allá, cuando te inscriben en el programa de jornaleros temporales, una hora de trabajo vale 7 y medio dólares y las horas extra las pagan un poco más, hasta juntar 70 dólares en un día. Vale la pena cuando *logas* esas horas extra una vez y luego más seguido y así poco a poco te vas metiendo y metiendo en el trabajo y luego te vuelves adicto. Quiero que recuerden conmigo al señor Bernardo que me trajo a los planos de pastura, algodón y ganado y me cruzó por primera vez a los Estados Unidos en el programa. Me puso primero a mover y vaciar sacos de alimento y complementos de laboratorio para el crecimiento en las tolvas que los reparten a cientos de reses. Ellas asoman por unos rieles de lámina que les permiten el mismo espacio a cada res y que reflejan perfecto sus cachetes y orejas a un lado y al otro : donde hay 60 vacas parece que hubiera 200. Así son las cosas de sorprendentes de este lado y esas tolvas le dan a cada animal lo que le corresponde y así las hace crecer iguales y parejas. Nadie distingue un animal del que está junto.

Les pido que me acompañen a verlas y recuerden conmigo al día en que comencé a trabajar con el forraje y la carne gabacha. Trabajé como nadie lo había hecho antes y sorprendí al señor Bernardo. Trabajé más hábil y más duro que un toro exaltado y pronto fui diferente, el mejor. Aprendí rápido a manejar un montacargas y la barredora con pala en el trasero para empujar el estiércol fuera de los cobertizos. Me dejaron las llaves. Y me encantaría que me acompañaran a recorrer las miradas atontadas de los jornaleros más burros y guasones, todos con gorras de beis de los equipos Azules, de los Bravos y los Mineros (nunca con sombrero vaquero de cuero como los narcos que así los usan en nuestra tierra). Los compas abrían la boca cuando yo pasaba con esa máquina que parecía obedecerme las manos mejor que a ningún otro. Sentirían conmigo el gusto del primer aumento; fue lindo. 8.50

dólares la hora, ¡cabrones! Y arriando reses y jornaleros, manejando trascabos y tractores, pasé a sacarle al señor Bernardo 90 diarios... Siempre que hubiera trabajo.

Entre semana me acompañarían a Rosita, el pueblo cercano que es más limpio y más cuadradito que todo lo que hayamos visto antes. Y el fin de semana, qué decir de los lugares elegantes en *Eagle Pass* y el *Las Aguilas Mall* donde los pelados de cachucha como yo y mis paisanos nos vemos como patitos desorientados, dando vueltas en los pasillos sin dejar a nadie atrás, hasta que regresamos al camión de caja grande con víveres, herramientas y la lista de químicos tachada en cada línea, por completo, porque conseguimos todas las cosas, sin falta; todas las que pidieron.

Quisiera que comieran a mi lado las donas de *Krispy Kreme* y las tortas y tacos grandotes como cabeza de marro de *El Toro Mexican Restaurant* donde los jornaleros volvemos a ser un poco nosotros de nuevo. Me encantaría que me acompañen al par de tardeadas que pudimos pasar en el *Crooter's Pub* de *Eagle Pass* donde nos perdemos otra vez como patos y damos vueltas y vueltas con la esperanza de que una chica se fije en uno de nosotros y hasta quiera bailar. Eso nunca pasa — apenas somos jornaleros con gorra de beis y con chance de pasar unas semanas al otro lado a trabajar —. Ellas no se fijarán nunca en nosotros, pero si vinieran conmigo sentirían lo que yo siento cuando nos esperamos; así bonito, nos llenamos de sueños, aunque tenemos que dejar el pub siempre antes de las ocho para regresar.

Me gustaría que sintieran lo que yo cuando los capataces, con Bernardo a la cabeza, nos ordenan regresar hasta El Saucito. Nos volvemos un poco nosotros mismos de nuevo cuando regresamos al lado mexicano, como si la pócima se terminara adentro en las venas... o al menos eso me pasa a mí

porque que ya manejo el tractor grande de los güeros y el camión de caja grande con las placas de *Texas* donde todos los compañeros se suben para el regreso. Con las llantas de ese camión puedo sentir la tierra. Puedo leerla como un libro largo y deshojado. Es bueno regresar a sentirse uno mismo de nueva cuenta, dejar de reír por tonterías, dejar de caminar en círculos, todos en bola, en las tiendas gringas. Es bueno ponernos serios para cuando veamos a nuestras mujeres y a la prole. Pero ese gusto se nos quita porque también sentimos con sabor a pena que ya no tendremos las donas de *Krispy Kreme*, los tacos tan grandes como cabeza de marro, pesados y grasientos, y los pisos y muros llenos de luces del *Crooter's Pub*. Acá, de este lado, la tierra tiene algo ligero y deshilado, y el viento la levanta con facilidad con ondas que hacen pensar que un fuego antiguo que quemó los pastos y quizá aún más adentro. Esas ondas quieren subir y contar la historia de los incendios viejos. Y cómo quisiera que me acompañaran a escuchar lo que las olas de polvo apenas balbucean. Cuando el camión, con todos los compadres subidos en la caja, pasa por los caminos de Las Margaritas, donde termina Saucito siento esas olas ansiosas por subir, por llenarnos los ojos y los oídos; algo que nunca se ve en el lado gringo donde la tierra es pasada como la mierda de las reses que no comen seco, que comen contentas los complementos de laboratorio. Ahí la tierra se queda siempre tranquila.

Como yo ya manejo el camión de caja grande, el señor Bernardo me ordena siempre muy enérgico que no vayamos a distraeros: “derecho a casa”. Él pide que no perdamos el tiempo en Piedras Negras: somos jornaleros y no es muy bueno que nos paremos en el Club Kokomo que es como el hermano gemelo del *Crooter's Pub*, solo que del lado mexicano. Ahí las mujeres con piel morena que traen de Oaxaca y Guerrero sí se nos acercan y hasta nos dicen palabras en voz baja y cerca de la cara —no más

gritos, ni ordenes... no más reclamamos—. Nos platican y nos preguntan por lo que hemos hechos durante la temporada.

Pero somos jornaleros y se nos nota harto cuando entramos con las gorras de beis de los equipos Azules, de los Bravos y los Mineros; se nos nota la mirada de destanteados que han estado en la tierra de los gabachos cuando llegamos con las botas todas manchadas de tierra de surco y mierda de vaca; se nos nota que traemos la raya encima y que el color verde de los dólares que nos ganamos nos engaña; se nos nota que hacemos cuentas de pendejo cuando preguntamos el precio de una “Dos X” o una “cola con Presidente”, preguntas que sólo hacen los jornaleros cuando tienen dólares en la bolsa. Nos hacemos bolas, creemos que traemos más dinero porque hacemos mal las cuentas y luego-luego nos caen encima. Con dos amenazas rápidas, con mostrarnos las armas, la pistola y el cuerno de chivo, nos llevan al baldío de la calle Monterrey y Adolfo López Mateos y ahí hasta perdemos las botas manchadas de negro, de mierda de vaca. Los narcos de las camionetas —tan negras y brillantes que no recogen el polvo cuando vuelan por los caminos— saben muy fácilmente cuando un baboso del campo que anduvo trabajando con los gabachos regresa con lana.

—A casa, te llevas a todos hasta La Miseria y El Saucito; sin parar, ¡eh!
—me ordena el señor Bernardo cuando me confía el camión de caja grande lleno de gente. Me gustaría que sintieran lo que me llega al alma —emoción de la más pura— cuando me agarro del volante con la confianza que me ha dado Bernardo para ponerme al frente, ahora que los narcos han aprendido cómo chingarnos, incluso si no paramos en Piedras Negras. Los narcos nos esperan en el cruce con La Miseria.

Los compadres allá atrás en la caja ven las camionetas y gritan. Se agarran las gorras y gritan conmigo. Yo tomo el sendero a la izquierda. Es

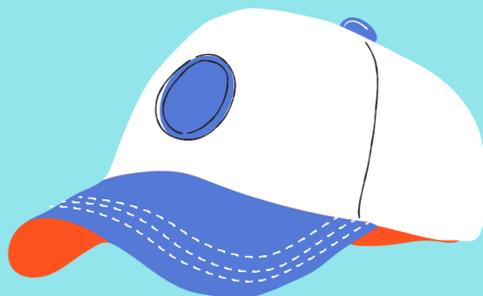
la emoción de volar sobre las olas de polvo rumbo al río, rumbo a la tierra negra y pesada que tanto nos gusta. Quisiera que estuvieran conmigo para ver las camionetas negras en los espejos rebotando en los vados resecos y difusos de la terracería que poco a poco desaparece. Sus camionetas tienen parrillas enormes que esconden unos motores fieros. Pero no vuelan más que nosotros. Por eso me atrevo contento a pisar el pedal a fondo, a mostrar que todo esto de ir a las tierras negras de los gringos es algo muy atrevido, que te chupa, que te quita y te devuelve la energía a cada paso. Quisiera que vieran conmigo lo bonito que es el paisaje al norte de El Saucito, sobre todo cuando vuelas hacia el río, cuando te emocionas, porque de aquel lado la tierra de verdad que es más negra y pesada como la mierda de las vacas que están bien comidas.

Me gustaría mucho que nunca pensarán que nos fuimos así volando al norte por cobardes, por miedo a las camionetas negras o a las pistolas..., que nunca pensarán que nos lanzamos al abismo de la aventura por locos o que caímos asustados. Lo hicimos con el juego que traíamos siempre de niños en la cabeza, y las imágenes de los padres y las hermanas que ríen atrás como babosas. Con sus gritos alegres en los oídos, nos fuimos hacia el barranco que escarbó el río. Así nos fuimos cayendo en la barranca que llaman de El Indio donde están las piedras y el agua, donde no hay puente. Nos fuimos cayendo de poco a poco, de uno en uno, con tiempo para agarrarnos la gorra de mexicano antes de llegar hasta lo más lejos posible, lo más lejos que nos dejan, pero nunca hasta el lado negro donde nos miran, tan tranquilas, las vacas gordas y bien comidas.

Acerca del autor

Alejandro Estivill es un diplomático de carrera y novelista mexicano de corazón. Cuando no esta resolviendo problemas de la comunidad mexicana en el extranjero, se dedica a escribir y a leer literatura del siglo XX.

13



**LA
GORRA
AL
VIENTO**

ALEJANDRO ESTIVILL

EDITIONS KRIZALIZ

